

BATERÍA

No lo podía creer. Era un clic sintomático. No quería darse manija, pero presentía que no iba a arrancar. Y bueno... tiene diez años... los autos viejitos siempre tienen mañas... más si la batería viene jodiendo desde hace un par de días, pensó.

No me voy a calentar... y espetó una puteada mezclando a su madre con Cristo. Levantó el "capó" -como si supiera qué hacer-, miró -como hace la gente que no sabe- y volvió a refunfuñar como si hablara ruso antiguo. No me puede pasar esto... Miró el reloj y sospechó que no llegaría.

Había esperado mucho tiempo para el encuentro. Brenda era más que linda... aunque su nombre no tenía nada que ver con lo que ella era. Luz se debería llamar... mirando el motor de su Peugeot se dio cuenta que el sólo hecho de pensarla iluminaba la engorrosa situación.

Como no sabía qué hacer, volvió a sentarse. Tomó la llave de arranque con la izquierda, chequeó que no estuviera en cambio con la derecha y antes de hacer contacto susurró uno de sus epítetos favoritos para las situaciones que no puede manejar: Arrancá por favor hijo de mil putas...

El jodido clic apareció nuevamente al girar la llave y con una mezcla de desesperación y calentura minimizó el hecho: y... el gasolero necesita batería, si no tiene batería, no arranca.

No podía más que pensar en el trabajo fino que había hecho para conseguir que Brenda le cruzara una mirada y cuando tenía que ir a verla... no arranca.

Trató de calmarse. ¿Para qué mierda me sirve la filosofía? ¡Si no sé qué hacer delante de un fierro de diez años!, pensó autocriticándose.

Necesito a Brenda, para ir a verla necesito el auto, para ir con el auto tengo que hacerlo arrancar, y para hacerlo arrancar, algo tengo que hacer.

Se levantó del asiento y con la llave siempre en la izquierda se dirigió hacia el baúl; en el escaso trayecto alcanzó a delinear qué intentaría hacer. Sacó la pinza de una caja de herramientas y aunque no sabía bien para qué la iba a usar, por lo menos justificó su incompetencia.

Se le cruzó por la cabeza por qué teniendo auto nunca le había dado bola a estas cosas tan nimias. Este pensamiento se le mezcló con un pequeño dolor de muelas que había tenido la semana anterior. Te tiene que pasar algo para que pienses en hacer las cosas... En este momento me gustaría ser mecánico...

Tan nimias, tan nimias que, sin embargo, le estaban trayendo una calentura infinita. Entonces, se puso a desconectar la batería. Un gran chispazo lo desmotivó. ¿¡Qué carajo hago tratando de creer que soy mecánico!?

Miró el reloj nuevamente y se vio cagando a patadas al autito, jurándose hacerlo mierda...

Todo sucedía como no esperaba. Todo lo que esperaba no sucedía. Y toda la situación, precisamente, le rompía los esquemas. Seguía mirando sin ver, esperando que un milagro lo pusiera donde quería estar. Para colmo nadie pasaba.

A nadie podía pedir ayuda. Una singular cuestión de fierros me impide algo que me costó mucho lograr.

No voy a poder... Va a creer que soy un cagón. Y... semejante minón me da un poco de miedo...

¡¡¡No!!! ¡Una puta batería no me va a ganar!

Se sacó el pulóver y se arremangó la camisa como quien va a pelear. Con más cuidado se detuvo a limpiar los bornes de la batería. En la incursión anterior había recibido ese bruto chispazo. Recordó la propaganda “no tenga miedo, tenga cuidado” y se dispuso a limpiar el otro borne.

Se dio cuenta que al hacer masa con el borne positivo generaba la temida chispa y entonces perdió el miedo. No se puede tener miedo de algo que se conoce, filósofo. ¡Vamos Lorenzo todavía que podés!, se mimó siempre pensando en Brenda. Cumplió los pasos imaginados y reconectó ambos bornes pensando tener mejor suerte. Metió nuevamente la llave de contacto con la zurda, repitió el epíteto y recibió un golpe que no pensaba. El maldito clic volvió a aparecer. Ya no se conformó con putear a la madre sino que embistió contra Serrat por aquello de “nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio” y le dijo -como si lo fuera a escuchar-, desde su fondo más filosófico, lo único triste es no poder ver a Brenda...

Quería romper todo; auto, herramientas y comenzó a creer que debía serenarse. Se recostó sobre el asiento, recordó a su padre que a pesar de estar lejos, siempre estaba con él. Pensó en sus dos hijos, en su ex, que de haber estado ahí le hubiese dicho, ¡no ves, no ves que sos un inútil! Y se sintió Lou Ferrigno interpretando a Hulk pero sin roturas de camisas ni pantalones, sólo la sensación de desconvertirse como mole verde y volver a ser el doctor Banner, sin preocuparse por el presupuesto en ropa. Además, pensó en el porqué se rompía toda la ropa cuando se convertía en Hulk pero del calzoncillo ni hablar... nunca se rompía.

Esbozó una sonrisa y se dijo, será otra vez.

Estaba contento por estos últimos pensamientos.

Se animó un poco, guardó la pinza en la guantera, salió del auto y cerró el “capó”. En su mano tranquila brillaba la llave.

Pensó en probar de nuevo y no dijo nada.

Se sentó, puso la llave, la luz roja de contacto se encendió, apretó el acelerador, bombeó, giró la llave y arrancó.